

MENSAJE DE APERTURA DE LA CONMEMORACIÓN DEL 50 ANIVERSARIO

MIGUEL SOLER ROCA*

ESTIMADO DR. MILLÁN SOBERANES:

Como ya tuve ocasión de expresarle, me resulta imposible estar en Pátzcuaro los días 7 y 8 de mayo próximo en oportunidad de la conmemoración del 50 aniversario de la creación del CREFAL. Créame que lo lamento mucho, que mis pensamientos estarán junto a ustedes esos días y que deseo a quienes se congreguen en la Quinta Eréndira unas jornadas de amistoso reencuentro, de reflexión provechosa y de confirmación de la esperanza.

Estuve asociado al CREFAL, a diversos títulos, entre 1952 y 1982. Treinta años son suficientes para dar testimonio de una vinculación que en mi caso —y dejando de lado profundos motivos de carácter estrictamente personal— tuvo poderosa incidencia en mi vida profesional. No quisiera referirme a mi labor como Director de la Institución entre 1964 y 1969. Lo que haya podido hacer en el ejercicio de ese cargo debe ser juzgado por otros. Me siento más cómodo rememorando mi condición de alumno uruguayo del CREFAL en el curso 1952-1953.

Quiero afirmar enfáticamente la positiva gravitación del curso del CREFAL en mi trayectoria profesional. Eran aquéllos, todavía, años de posguerra, de reciente establecimiento de los organismos del sistema de las Naciones Unidas, entre ellos la propia UNESCO, de fe generalizada en la paz, la justicia y la solidaridad internacional como vías naturales y obligadas de la reconstrucción de un mundo gravemente desangrado. Y con ellas la educación, una educación que entonces llamábamos fundamental y que hoy como entonces sigue siendo la educación de los pobres, la educación de los marginados, la educación básica para todos de la que tanto se habla. Y aquí un primer problema para el debate. La condición humana maltratada de entonces, que justificábamos por la terrible contienda recién acabada, sigue predominando en América Latina —como entonces— contamos con millones de adultos analfabetos y con millones de niños que no pueden asistir a la escuela. Después de la ejecución de dos Pro-

* Ex Director del CREFAL (1964-1969).

yectos Principales de Educación auspiciados por la UNESCO, de múltiples conferencias de ministros, de infinitas reuniones, cursos y declaraciones. La pervivencia de la subeducación en América Latina, coexistente con la disponibilidad de herramientas adecuadas, entre ellas el CREFAL, me parece totalmente injustificada y merecedora de un esfuerzo explicativo.

Invito a quienes participan en las reuniones del 7 y 8 de mayo a reflexionar sobre la gran dificultad que América Latina —salvo excepciones o ciertos momentos estelares— ha tenido y sigue teniendo en superar su déficit educativo. No es admisible el tratamiento presupuestario que se sigue dando a la educación, ni la precariedad material en que se encuentran tantas escuelas, ni el trato social y salarial que se sigue dando a los educadores, con una pertinaz tendencia al empeoramiento, ni la irresponsable tendencia actual a privilegiar la educación básica privada por encima de la pública, ni mucho menos, la consideración de la educación como una mercancía más que como un derecho. Me consta que en algunos aspectos y países ha habido progresos; pero éstos, a mi juicio, no compensan la gravedad de la situación que sigue prevaleciendo.

De la inmensidad de la tarea pendiente —que es tanto como decir de la inmensidad de nuestro fracaso— acaba de hacerse eco en la Conferencia de Ministros de Educación recientemente reunida en Cochabamba, cuyos documentos no pueden disimular la vastedad de los problemas de obligado abordaje. Dice su Recomendación No. 36:

Seguir dando la máxima prioridad a la educación básica, prestando especial atención a los grupos en situación de mayor vulnerabilidad: niños en condiciones de pobreza, niños con necesidades educativas especiales, niños trabajadores, migrantes, desplazados, de zonas rurales aisladas y pueblos indígenas. Constituye una responsabilidad ineludible de toda la sociedad, y especialmente de los gobiernos, asegurar la cobertura universal de la educación básica de modo que todas las personas, sin excepción, adquieran las competencias para ser ciudadanos con plenos derechos.

Y la Declaración de Cochabamba, adoptada en la misma reunión, contiene estos reveladores párrafos:

En América Latina y el Caribe todavía existen alrededor de 40 millones de analfabetos mayores de 15 años, que representan más del 11% de la población total de esta región. Esta situación limita los derechos humanos y ciudadanos de estas personas y se convierte a la vez en un obstáculo para el aprendizaje de sus hijos. Cada país debe continuar buscando métodos eficaces para erradicar el analfabetismo [...] Por otra parte, no se ha logrado

garantizar la educación básica para todos, ya que una parte de los niños no ingresa a la escuela, y subsisten tasas significativas de repitencia y deserción escolar, que impiden que todos terminen la educación primaria. Los gobiernos continuarán priorizando la cobertura de la educación básica hasta lograr que todos los niños y niñas en edad escolar ingresen al sistema escolar y lo culminen.

Brotan irreprimibles algunas preguntas: ¿no era esto mismo lo que denunciaba la Declaración de México en 1979 en similar conferencia de Ministros? En la lucha por la alfabetización ¿carecemos de los métodos eficaces que ahora se recomienda descubrir o lo que sobran son métodos y lo que falta es la voluntad de tratar a todos los ciudadanos con republicano espíritu de justicia? Y si los niños no asisten a la escuela o egresan prematuramente de ellas ¿no será porque los condenamos a la condición de trabajadores contribuyentes a la sobrevivencia familiar? Al plantearnos estos problemas, ¿pisamos el terreno de la pedagogía o el de la ética? ¿O tal vez el terreno de ambas?

Mi posición personal es que la respuesta a estas preguntas ha de tener una naturaleza tanto educativa como extraeducativa. La suerte de la educación en todos sus niveles y modalidades se juega en la sociedad global y es ésta la que condiciona los fines, los objetivos, los medios y las estrategias educativas, al margen —y muchas veces en contradicción— con el pensamiento de los educadores. Después de 60 años de ocuparme de estos temas, mucho me temo que mi conclusión fundamental —y la someto a debate de vuestras reuniones— sea que la educación constituye en el seno de las sociedades latinoamericanas un sector de muy escasa autonomía, de enorme fragilidad, de estrecha dependencia del contexto en que los procesos educativos de todo tipo tienen lugar.

Como confirmación, sigo transcribiendo de la reciente Declaración de Cochabamba: “Reconocemos que el actual panorama social de la Región condiciona las posibilidades de la educación: 220 millones de personas en América Latina y el Caribe viven hoy en situación de pobreza”.

La superación de esta situación nos obliga, como educadores, a asumir una doble labor. La primera, la de estudiar a fondo, interpretar correctamente y seguir combatiendo individual y colectivamente estas manifestaciones de injusticia social. Que los nombres de Jaime Torres Bodet y de Lázaro Cárdenas, tan ligados al nacimiento del CREFAL, nos sirvan de respaldo para sostener nuestro derecho a intervenir en la determinación de las dimensiones políticas de la educación. Porque los condicionantes de que habla la Conferencia de Cochabamba son eminentemente políticos y su remoción sólo será posible desde una perspectiva política. Es fundamentalmente desde un pensamiento y una acción de

naturaleza política que podremos revitalizar cuantitativa y cualitativamente la educación a que nuestros pueblos tienen derecho.

La segunda tarea que a mi parecer se impone es la de luchar por recuperar nuestra dignidad de educadores, de modo de devolver a nuestro trabajo la trascendencia que puede y debe tener en el seno de la sociedad. En la soledad del aula escolar, en el centro de educación de adultos bajo un cobertizo, en el contacto con las mujeres del pueblo —que no renuncian al sueño de que sus hijos gocen de una vida mejor— los educadores debemos defender nuestra autonomía, nuestro derecho a hacer del mensaje educativo un factor de cambio. Lo venimos afirmando desde hace un siglo: la educación es una de las claves de la organización verdaderamente democrática de los pueblos. Pero se nos han interpuesto la irresponsabilidad, incompetencia y corrupción de muchos gobernantes, la insolidaridad por no decir la avaricia de los países del Norte, que no cesan de endeudarnos y de pillar nuestras riquezas y nuestro trabajo, el desmedido e injustificado gasto militar, el ensañamiento antipopular de las frecuentes tiranías militares que hemos padecido, y más recientemente, la calamitosa tendencia a ceder nuestras riquezas y servicios —laboriosamente edificados por nuestros abuelos y nuestros padres— a intereses extraños que proclaman el reinado universal de libertades especulativas que no practican en su propia casa.

Difíciles décadas para la dignidad y el bienestar de los pueblos y, como consecuencia directa, para la ilusión y la eficiencia de quienes han abrazado la causa de la educación. Pero aun así, repito: en el reducto inatacable de su conciencia, el educador no puede renunciar —ni siquiera invocando las graves condiciones del contexto en que vive y trabaja— a hacer del contacto con sus alumnos la gran hora de la ratificación de la fe en el destino humano, pronto liberado del hambre, el temor y la injusticia.

Y a este respecto os recuerdo dos nombres más, importantes para mí: el de Lucas Ortiz, maestro misionero mexicano —que es mucho decir— y primer director del CREFAL, mi querido mentor. Y el de Julio Castro, alumno, campesino, maestro y periodista uruguayo y primer Subdirector del CREFAL, mi entrañable amigo al que no sé donde llevar la flor que le debo porque la dictadura uruguaya lo desapareció el primero de agosto de 1977. Y hasta ahora. El magisterio fue en la vida de estos dos hombres una militancia. Y su evocación puede servirnos para ratificarnos en el carácter socialmente dinámico y pedagógicamente creador de nuestro trabajo.

Yo espero que estas graves cuestiones ocupen —junto al necesario análisis de aspectos técnicos insoslayables en un encuentro de trabajadores de la educación de los jóvenes y los adultos— un cierto tiempo en vuestros debates. Es

difícil definir líneas de política educativa —mucho más tratándose de la educación de los adultos— sin situarnos en un marco socio-político. El CREFAL nació con esa vocación, propia, además, del México que todos hemos amado. Sostenedla.

A todos, deseo un buen reencuentro, una fecunda reflexión, una grata celebración de un aniversario a la que, estad seguros, me sumo. Con un abrazo.

Barcelona, 23 de abril del 2001.